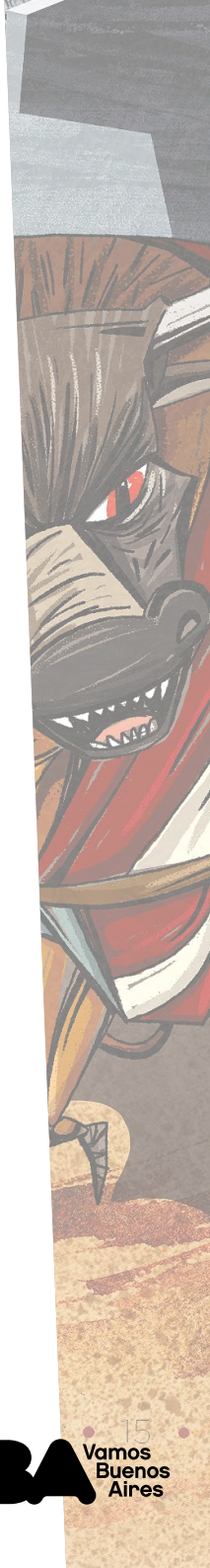
Teseo y el Minotauro

Vamos Buenos Aires

Teseo y el Minotauro



Vamos Buenos Aires

Este libro pertenece a:

.....

.....

.....

Jefe de Gobierno
Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación
María Soledad Acuña

Jefe de Gabinete
Manuel Vidal

Subsecretaria de Coordinación Pedagógica
y Equidad Educativa
María Lucía Feced Abal

Subsecretario de Tecnología Educativa y Sustentabilidad
Santiago Andrés

Subsecretario de Carrera Docente
Oscar Mauricio Ghillione

Subsecretario de Gestión Económico Financiera
y Administración de Recursos
Sebastián Tomaghelli

Subsecretaria de la Agencia de Aprendizaje
a lo Largo de la Vida
Eugenia Cortona

Directora Ejecutiva de la Unidad de Evaluación Integral
de la Calidad y Equidad Educativa
Carolina Ruggero

Director General de Planeamiento Educativo
Javier Simón

Director General de Educación de Gestión Estatal
Fabián Capponi

Directora General de Educación de Gestión Privada
María Constanza Ortiz

Directora de Educación Primaria
Nancy Sorfo

Gerenta Operativa de Currículum
Mariana Rodríguez

Gerenta Operativa de Lenguas en la Educación
Mabel Quiroga

Teseo y el Minotauro

Versión escrita: retomada del material de lectura de la Pausa Evaluativa de 6° grado de 2017, realizada por los equipos técnicos de la DEP. Fue revisada para esta edición por Sebastián Vargas y Carolina Seoane.
Historieta: idea para el guion de Carolina Seoane y Vanina Barbeito.
Ilustración: Rodrigo Folgueira.

Equipo Editorial de Materiales y Contenidos Digitales (DGPLEDU)
Coordinación general: Silvia Saucedo
Coordinación editorial: Marcos Alfonzo
Diseño gráfico y diagramación: Octavio Bally
Edición y corrección: Sebastián Vargas
Asistencia editorial: Leticia Lobato

Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
El mito de Teseo y el Minotauro / 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2021.
32 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-549-930-0

1. Educación Primaria. 2. Lenguaje. 3. Literatura. I. Título.
CDD 372.4

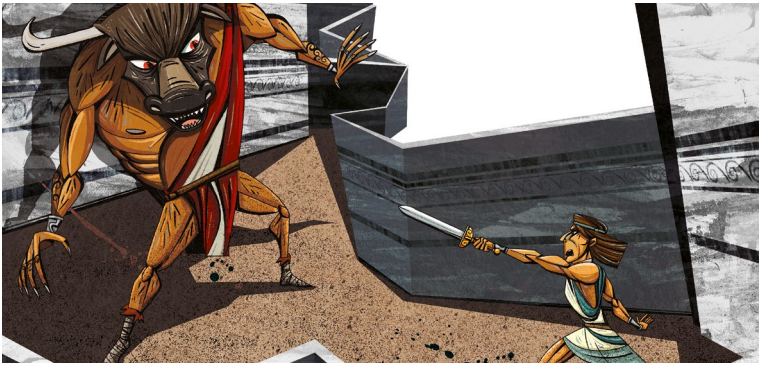
ISBN: 978-987-549-930-0

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Dirección General de Planeamiento Educativo / Gerencia Operativa de Currículum, 2021. Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

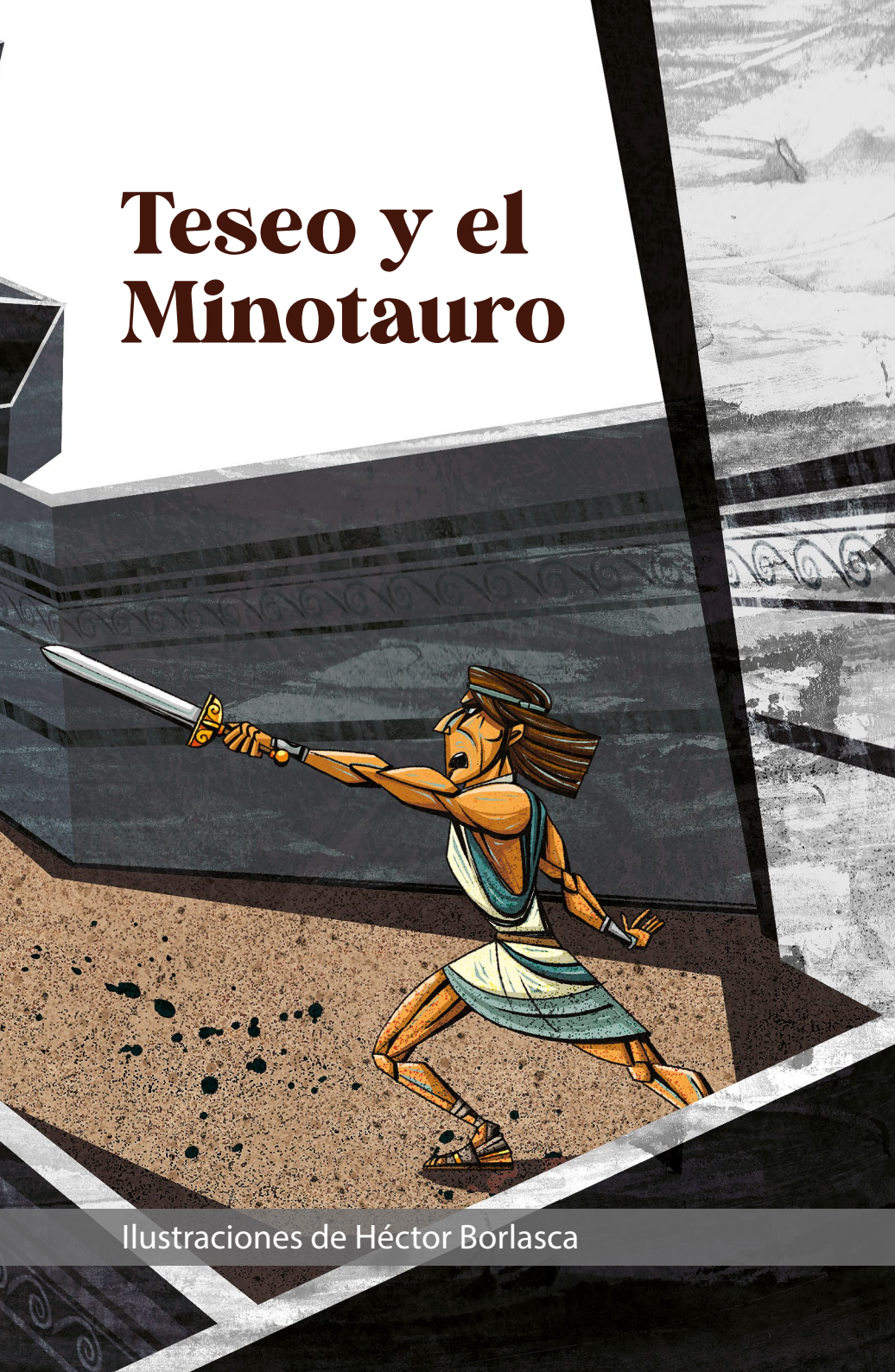
ÍNDICE



Teseo y el Minotauro (mito griego)
• 7 •

Teseo, rey de Atenas (historieta)
• 22 •

Teseo y el Minotauro



Ilustraciones de Héctor Borlasca

Egeo, rey de Atenas, recibió un mensaje del oráculo de Delfos: “No contraigas matrimonio con una extranjera, pues semejante unión traería grandes desgracias a Atenas y al pueblo ateniense”.

A pesar de esta profecía, el joven Egeo se enamoró de Etra, la hija menor del rey de Trecén, y se unió a ella sin pensar en las consecuencias. Por las noches, sin embargo, las amenazantes predicciones del oráculo lo hacían padecer grandes temores respecto del destino de su pueblo.

Egeo y Etra concibieron un hijo a quien llamaron Teseo. El rey de Atenas, agobiado por sus padecimientos, decidió regresar a su patria dejando al niño en Trecén con su madre y su abuelo. Llevó entonces a su esposa a las afueras del palacio, se detuvo junto a una inmensa roca y le habló así:

—¡Etra, esposa mía! Bajo esta roca ocultaré mis sandalias y mi espada. Trae a Teseo hasta este lugar cuando haya crecido en altura y sabiduría y ordénale que las desentierre. Si llega a Atenas vistiendo estas prendas, sabré que es mi hijo y lo haré heredero de mi reino, al que ahora debo regresar.

Teseo se crió en el palacio de su abuelo paterno sin conocer el nombre de su padre y se dice que, desde muy pequeño, recibió la especial protección de Poseidón, dios del mundo de los mares. Se destacó como un niño fuerte y valiente. Su abuelo, el rey de Trecén, le enseñó a conocer las estrellas, a lanzar la jabalina y a empuñar la espada.

Un día, cuando Teseo tenía siete años, Hércules llegó de visita al palacio; para comer más cómodamente, se quitó la piel del león de Nemea —con la que siempre se cubría desde que había logrado derrotar a la fiera en una terrible lucha cuerpo a cuerpo— y la dejó sobre uno de los bancos del jardín. Algunos invitados que llegaban tarde a la mesa no osaban entrar creyendo que el animal estaba vivo, pues aquel despojo parecía dotado de movimiento. Algunos niños vieron la figura de la bestia recostada sobre el banco y huyeron despavoridos gritando: "¡Un león, un león!".

Pero Teseo no tuvo miedo: arrebató un hacha a un criado y se abalanzó sobre la fiera dispuesto a vencerla. Hércules detuvo su brazo, pero le agradó la valentía del muchacho y lo animó a que siguiera sus pasos:

—¡Niño Teseo! Tu nombre será siempre recordado entre los de los héroes.

Cuando Teseo cumplió dieciséis años, Etra lo llevó hasta el lugar que Egeo había elegido como escondite y mostrándole la inmensa roca le dijo:

—¡Teseo, hijo mío! Debajo de esa roca encontrarás las sandalias y la espada de tu padre, que no es otro que Egeo, el rey de Atenas. Recupera esas prendas y preséntate con ellas en Atenas, donde Egeo te reconocerá como su hijo.

Ante el asombro de Etra, Teseo corrió sin esfuerzo la pesada piedra. Sin esperar un minuto, se calzó las sandalias y se ciñó la espada de su padre, al tiempo que interrogaba:

—¿Dónde está Atenas?

Para llegar a Atenas, Teseo podía seguir dos caminos: el marítimo, fácil y seguro, porque las naves de Trecén unían constantemente ambas ciudades, o el terrestre, muy peligroso por la cantidad de bandidos que infestaban su recorrido y que eran el terror de los viajeros. Teseo, para probarse a sí mismo, escogió este último e inició su viaje para ser reconocido como hijo del rey. En ningún momento el joven sintió temor por los peligros que podrían presentarse a lo largo del viaje. Al contrario, deseaba imitar las hazañas de su admirado Hércules.

El primero en experimentar la valentía de Teseo fue Perifetes, un poderoso salteador de caminos. El bandido manejaba con gran habilidad una enorme maza de bronce con la que aplastaba a los viajeros para robarles todo lo que transportaban.

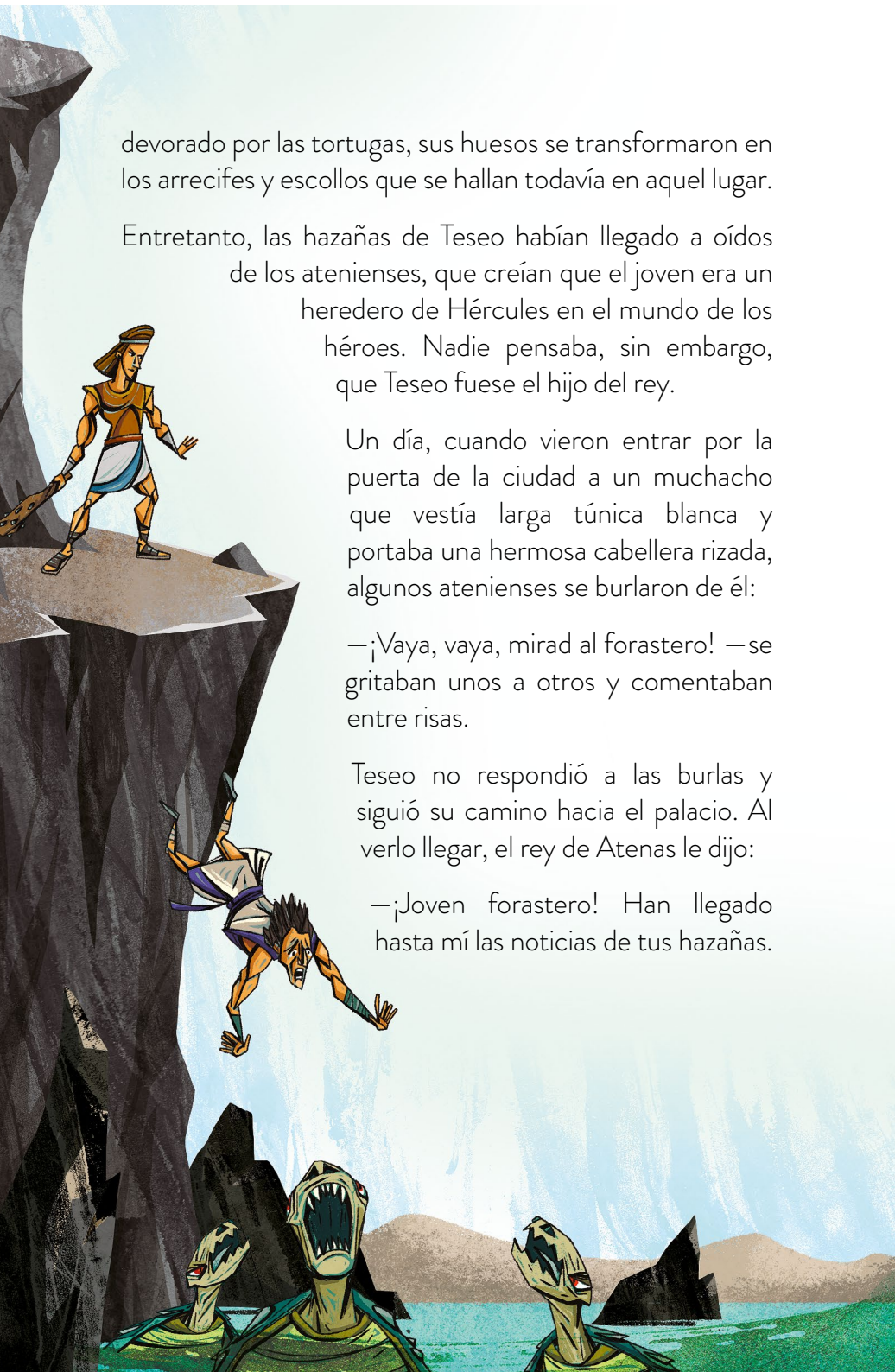
—¡Forastero! —gritó Perifetes a Teseo, apareciéndose de pronto ante el joven en medio de la soledad del camino—. ¡Entrégame tu morral!

La voz del bandido era fuerte y ronca y su mirada, feroz. Todos los viajeros se sentían aterrorizados en su presencia. Teseo, en cambio, reaccionó con tal rapidez que en un segundo había logrado arrancarle la pesada maza de bronce de su mano derecha y, sorprendiendo al bandido, le asestó un golpe que lo dejó allí, tendido e inmóvil. Teseo continuó la marcha llevando consigo la maza, que guardó como trofeo de su primera victoria.

En la costa del mar de Salamina, apostado entre las rocas, Teseo encontró a Escirón. Este malvado obligaba a los viajeros a que le lavaran los pies en las aguas del mar. Cuando los desgraciados llegaban al borde del precipicio, debían agacharse para complacerlo; en ese momento, Escirón les pegaba un soberano puntapié que los arrojaba a las olas y gritaba:

—¡Vete, viajero, a alimentar a las hambrientas tortugas!

Cerca de la costa, en efecto, habitaba un grupo de tortugas de gran tamaño. Teseo logró hacer un rápido movimiento y fue Escirón el que cayó a las aguas. Se dice que una vez



devorado por las tortugas, sus huesos se transformaron en los arrecifes y escollos que se hallan todavía en aquel lugar.

Entretanto, las hazañas de Teseo habían llegado a oídos de los atenienses, que creían que el joven era un heredero de Hércules en el mundo de los héroes. Nadie pensaba, sin embargo, que Teseo fuese el hijo del rey.

Un día, cuando vieron entrar por la puerta de la ciudad a un muchacho que vestía larga túnica blanca y portaba una hermosa cabellera rizada, algunos atenienses se burlaron de él:

—¡Vaya, vaya, mirad al forastero! —se gritaban unos a otros y comentaban entre risas.

Teseo no respondió a las burlas y siguió su camino hacia el palacio. Al verlo llegar, el rey de Atenas le dijo:

—¡Joven forastero! Han llegado hasta mí las noticias de tus hazañas.

¡Acompáñanos al banquete y me deleitaré con tus relatos!

En los años transcurridos desde su regreso a Atenas, el rey Egeo había vuelto a contraer matrimonio. Su nueva esposa era Medea, una terrible hechicera.

Teseo desconocía el matrimonio de su padre. Pero Medea adivinó que aquel joven que acababa de llegar podía ser un peligro para su ambición de que un hijo suyo fuese el heredero del trono de Atenas. Así que trazó un plan.

—Egeo, esposo mío —susurró la hechicera al oído del rey—. Ofrece al forastero esta copa de vino.

Medea había echado veneno en aquella copa, pero en el momento en que el rey extendía su mano para ofrecerle el vino, Teseo sacó la espada que le había dado su madre. Entonces el rey reconoció la espada, volvió sus ojos hacia los pies del viajero y comprendió inmediatamente todo lo que ocurría .

—¡Teseo, hijo mío, no bebas de ese vino! —gritó Egeo al tiempo que alejaba la copa de los labios de su hijo.

Habiendo fracasado en su empresa, Medea debió huir de Atenas, expulsada por Egeo, y todo el pueblo reconoció a Teseo como legítimo heredero del rey.

La llegada de un heredero fortificó los ánimos de los atenienses, que padecían desde hacía años una cruel tortura. La ciudad de Atenas era poco dada a las guerras y más bien sobresalía por sus éxitos en el arte y el deporte. Años antes de la llegada de Teseo, como ocurría habitualmente, se

habían celebrado grandes juegos deportivos en Atenas y en ellos habían participado atletas de diversas ciudades. En esa ocasión, Androgeo, hijo de Minos, rey de Creta, resultó triunfador. Los atenienses, celosos de la fuerza y la habilidad de Androgeo, lo desafiaron a enfrentar a un enorme toro. Pero la bestia dio muerte al príncipe de Creta.

Minos, al conocer la trágica noticia, juró vengarse reuniendo a su ejército para enfrentar a Atenas. Los atenienses, que carecían de recursos para vencer en una guerra, decidieron consultar al oráculo: "Si queréis evitar la guerra —sentenció el oráculo—, aceptad las condiciones que proponga el rey de Creta".

El rey cretense recibió entonces a los enviados de Egeo.

—Habéis asesinado cruelmente a mi hijo —les dijo—. Las condiciones para la paz son las siguientes: Atenas enviará cada nueve años siete jóvenes y siete doncellas a Creta, para que paguen con su vida la vida de mi hijo. Los atenienses servirán de alimento al Minotauro.

El Minotauro era un ser monstruoso, una bestia con cuerpo de hombre y cabeza de toro, que emitía por su boca extraños bramidos no articulados, mezcla de bufido y ronquido, en los que parecía percibirse un soplo de tristeza. A cada luna nueva, era imprescindible alimentar al Minotauro con carne humana , para evitar que atacara a toda la población . Para esconder al monstruo, Minos había encomendado a Dédalo, el famoso arquitecto, construir un laberinto.

Minos ofreció a los atenienses una única concesión:

—Si un joven ateniense logra vencer al monstruo, Atenas quedará libre de esta carga.

Los enviados se vieron obligados a aceptar aquel atroz tributo.

Dos veces habían pagado ya los atenienses el terrible precio pues dos veces siete doncellas y siete jóvenes habían navegado hacia su fatal destino. Esta vez, sin embargo, Teseo se hallaba en Atenas cuando llegó el día en que se debía sortear el nombre de las víctimas.

El heredero del rey dijo:

—¡Poned mi nombre en primer lugar!

Al día siguiente, Teseo y sus compañeros se embarcaron rumbo a Creta. El rey despidió a su hijo entre sollozos:

—¡Teseo, hijo mío, que los dioses te protejan! La nave que te conduce lleva velas negras. Cuando regreses vencedor del Minotauro, cámbialas por velas blancas. De ese modo, a la distancia conoceré la noticia de tu victoria.

Teseo prometió a su padre que cambiaría las velas y la nave zarpó. El Minotauro, recluido en su laberinto, esperaba su alimento.

Desde que Teseo partió, su padre subía cada día hasta el punto más alto de la ciudad de Atenas para ver si divisaba las velas blancas del barco que lo traería de regreso.

El rey Minos recibió a los atenienses ataviado con bellas vestiduras; deseaba conocer al joven Teseo, de cuya valentía había oído hablar. Al recibirlo, exclamó:

—Me han dicho, Teseo, que el dios Poseidón te favorece. Si es así, pídele que te ayude a recuperar mi anillo.

Diciendo estas palabras, Minos arrojó su anillo al mar. Como el rey ponía en duda la protección de Poseidón, Teseo estaba dispuesto a realizar cualquier prueba. Se arrojó entonces al mar.

Poseidón lo recibió con alegría. Estaba sentado en un carro de oro tirado por caballos de mar, hipocampos. Bastó una señal suya para que un veloz delfín recuperara el anillo y lo pusiera en manos del muchacho. Segundos después, Teseo emergió de las aguas con aspecto triunfante, pues llevaba el anillo en una de sus manos y, sobre su cabeza, una magnífica corona, regalo de Poseidón.

La belleza del héroe, saliendo deslumbrante del mar, despertó un amor incontenible en el corazón de Ariadna, hija del rey de Creta. En Creta, los jóvenes atenienses fueron alojados en una prisión, a la espera del momento en que el primero de ellos ingresara al laberinto. En un momento de la primera noche, la joven Ariadna, una bella muchacha de cabellos rojizos, burló a los carceleros y logró acercarse a Teseo.

—Valiente Teseo —le dijo—, toma este ovillo de hilo dorado y, cuando entres al laberinto, ata el extremo del hilo a la

entrada y ve deshaciendo el ovillo poco a poco. Así tendrás una guía que te permitirá encontrar la salida.

El laberinto era una construcción sombría y tenebrosa de entrecruzados pasillos e intrincadas galerías; en él, se bifurcaban de tal modo los caminos que resultaba imposible encontrar la salida. Al separarse de Teseo, Ariadna le preguntó, con voz conmovida:

—Al salvar tu vida, pongo en peligro la mía; si mi padre sabe que te he ayudado, su enojo será inmenso. ¿Me salvarás tú a mí?

Y Teseo se lo prometió.

Al llegar la mañana, Teseo pidió ser el primero en ingresar al laberinto. Una vez allí, ató una de las puntas del ovillo a una piedra y comenzó a adentrarse lentamente por los pasillos y las galerías; fue soltando el hilo a través de su recorrido sin dejar de apretar el ovillo, que se iba empequeñeciendo en una de sus manos. Con la otra, sostenía la espada de su padre.

A cada paso aumentaba la oscuridad. El silencio era total hasta que, de pronto, comenzó a escuchar a lo lejos unos fuertes resoplidos. El ruido era cada vez mayor. Por un momento Teseo sintió deseos de escapar. Pero se sobrepuso al miedo e ingresó a una sala enorme. Allí estaba el Minotauro.

El monstruo era terrible y aterrador como Teseo jamás hubiera imaginado. Sus mugidos llenos de ira eran

ensordecedores. Con un espantoso bramido, la bestia arremetió contra el joven intentando clavarle sus cuernos y empujándolo con fuerza sobrehumana.

Teseo resistió sus embates. Cuando logró separarse a una corta distancia, tomó fuerzas, se lanzó sobre él con la espada en alto y le atravesó el corazón. El Minotauro se desplomó en el suelo. Teseo lo había vencido.

Largos minutos tardó Teseo hasta que logró reponerse. Entonces, tomó el ovillo y siguió el hilo dorado hasta encontrar la salida del laberinto. No solo había conseguido salvar su vida y la de sus compañeros, sino que había salvado a Atenas del horrible tributo.

Al enterarse de la muerte del Minotauro, el rey Minos se encolerizó. Por eso, los atenienses debieron apresurar su partida. Antes de zarpar, Teseo introdujo en secreto a Ariadna en el barco, para cumplir su promesa. Con ella se embarcó también Fedra, la hija menor del rey, que no quería separarse de su hermana.

Una terrible tormenta azotó la nave de los atenienses en la mitad del camino y los obligó a refugiarse en la isla de Naxos. Cuando los vientos se calmaron, a la hora de partir, Ariadna no aparecía.

—¡Ariadna, hermana! —llamaba la joven Fedra.

—¿Dónde estás, Ariadna? —interrogaba en vano Teseo.

La buscaron incansablemente, pero la princesa nunca apareció. La nave continuó su camino hacia Atenas.

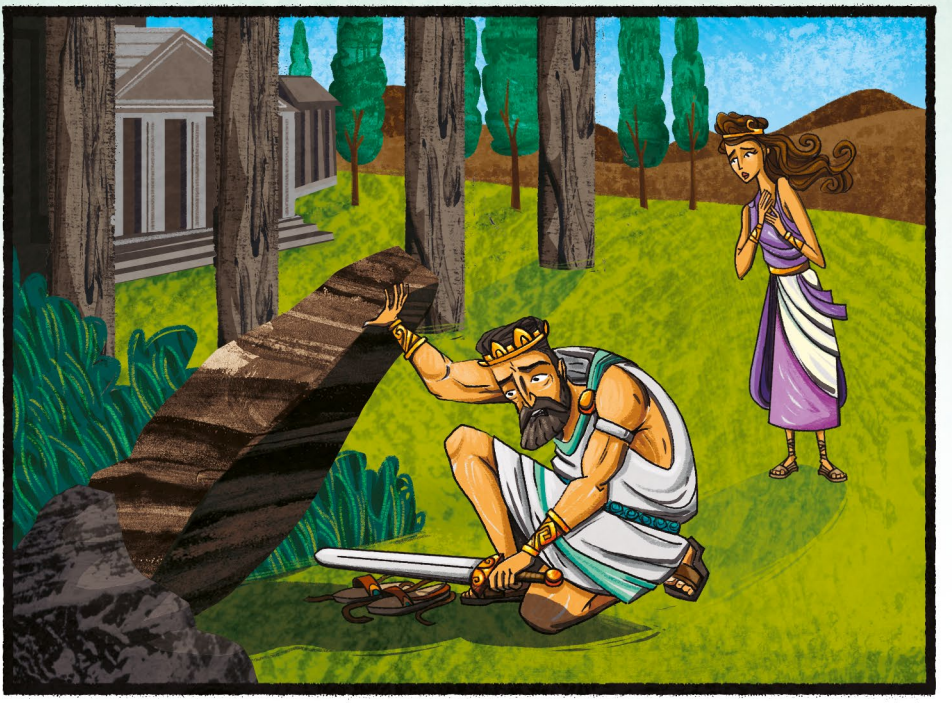
Se dice que Dionisio, dios del vino, halló por azar a Ariadna, que lloraba afligida. La hermosa princesa de Creta recorría con sus ojos ansiosos las rocas y las blancas arenas de la costa. Dionisio acudió a su encuentro conduciendo un carro tirado por cuatro panteras. Fascinado por la belleza de Ariadna, la invitó a subir al carro, la tomó por esposa y la llevó con él al Olimpo, la morada de los dioses.

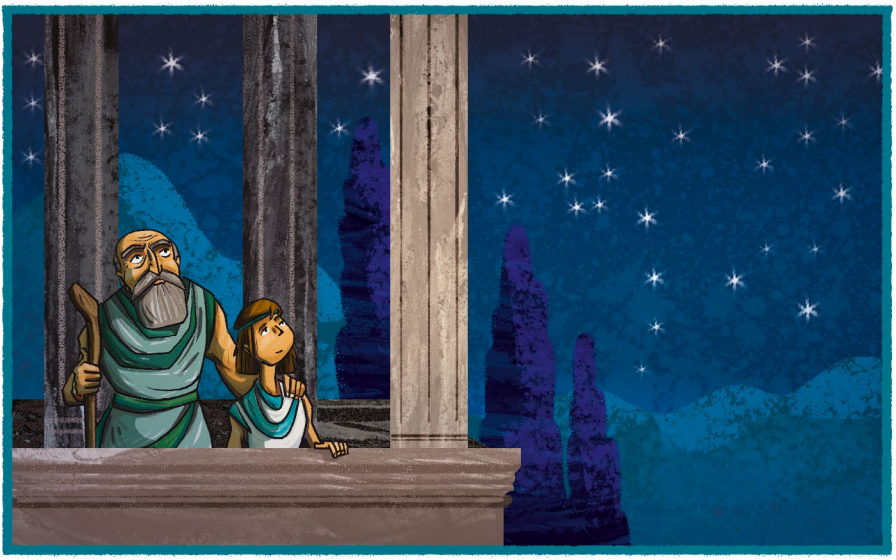
Teseo, por su parte, quedó apesadumbrado por la pérdida de Ariadna. Al acercarse a las costas de Atenas, no recordó la promesa que había hecho a su padre en el momento de la partida. El barco se acercaba a la patria con sus velas negras desplegadas, en lugar de navegar con las blancas, que iban a ser la señal de la victoria de Teseo sobre el Minotauro.

Desde lo alto de la ciudad, Egeo vio aproximarse el barco de su hijo con el luto en sus mástiles. Su corazón se estremeció de dolor al pensar que Teseo había muerto en Creta. Sin poder soportar la pena, Egeo se arrojó al mar, a ese mar que baña las costas de Grecia y que, desde entonces, lleva su nombre.

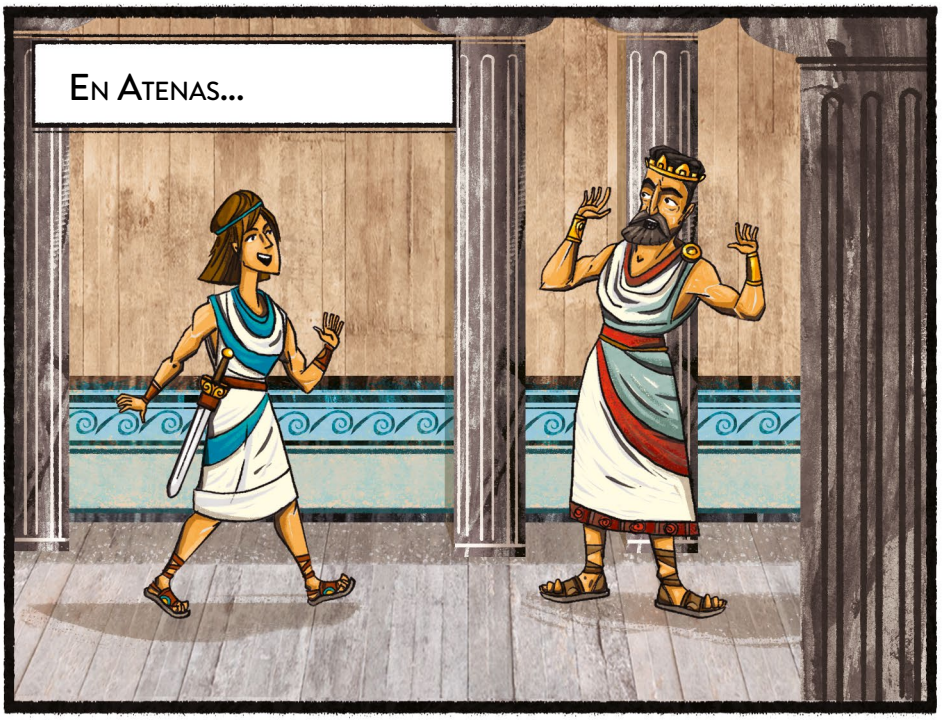
Cuando Teseo desembarcó, supo la noticia de la muerte de su padre. En medio de su gran tristeza, el joven fue recibido en Atenas como un héroe y los atenienses lo proclamaron rey. Su reinado estuvo plagado de luchas y tragedias, como lo había estado toda la vida de Teseo desde su nacimiento, marcado a la vez con el signo de la gloria y con la sombra de la desgracia.

Teseo
rey de Atenas

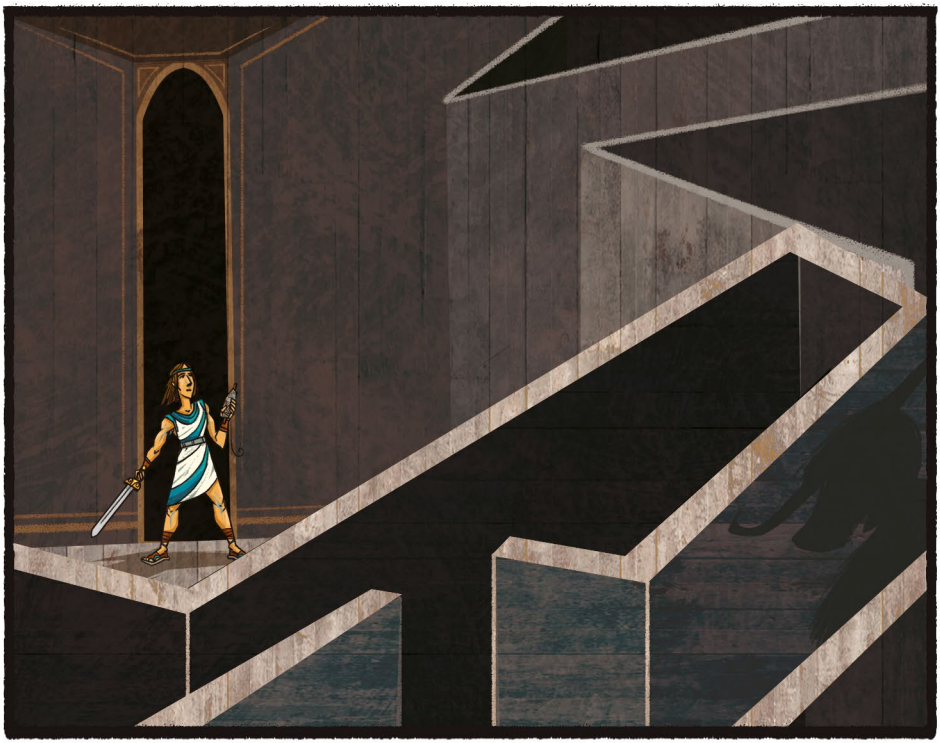


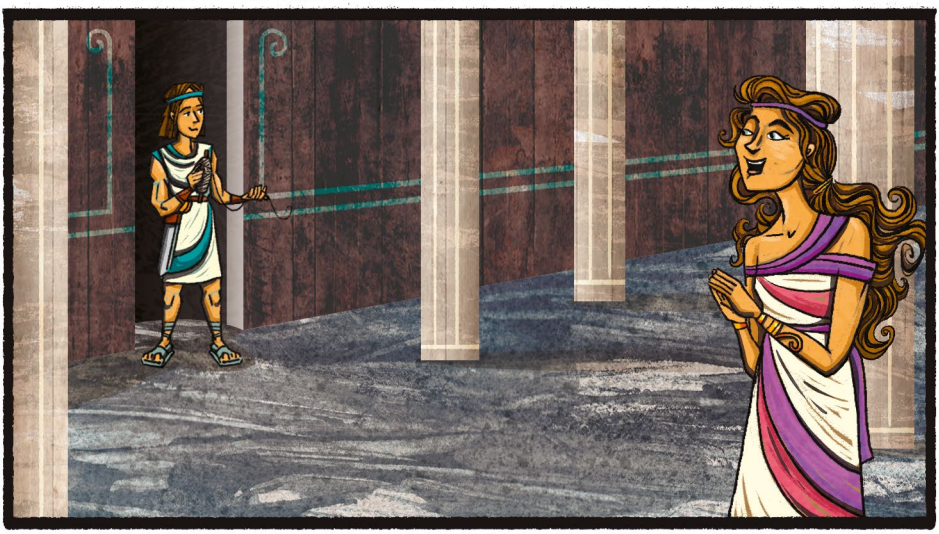


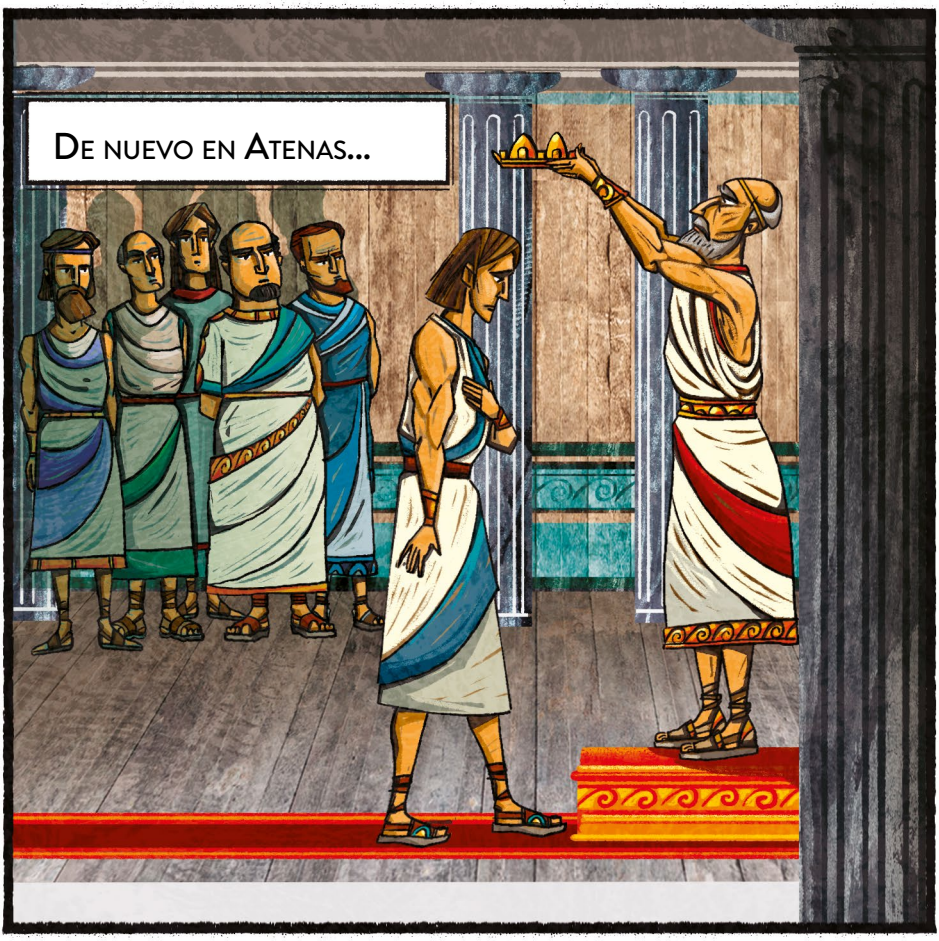
Al cumplir 16 años...


En Atenas...

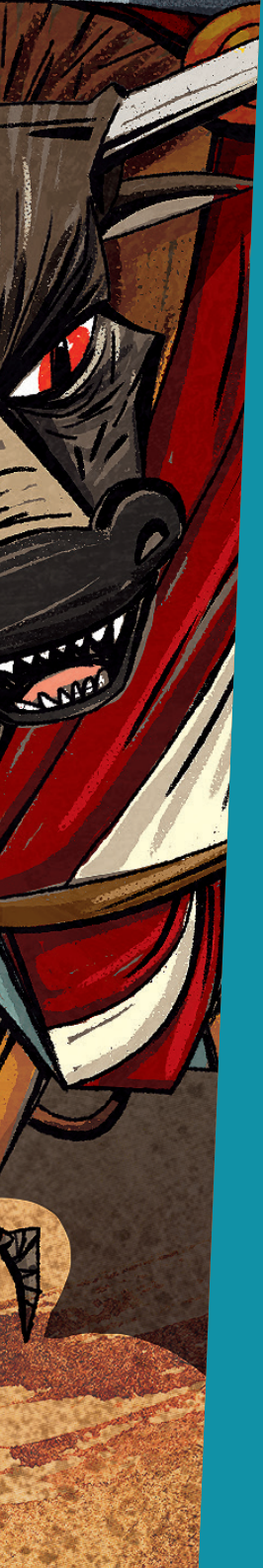
En Creta...






De nuevo en Atenas...

Este libro se terminó de imprimir en .....,
en el mes de ..... de 2021.



Vamos
Buenos
Aires